

CAPITULO II.

Mario. Sus grandes expediciones militares. Yugurta y los Cimbrios (1).

(121-100.)

Los intereses del pueblo y de la libertad son sagrados. En una gran nación siempre hay hombres de corazón para defenderlos contra el despotismo de los tiranos. Si siempre hubo opresores en Roma, en los últimos tiempos de la república, la libertad no se dejó ahogar sin resistir á sus enemigos. Los Gracos, á pesar de su genio y valor, sucumbieron; pero de sus cenizas nació al mismo tiempo el invencible Mario. Descendiente de una familia oscura, y sin tener, como los hijos de Cornelia, el prestigio de un nombre y de un ilustre nacimiento, el ciudadano de Arpino fué á buscar en los campos de batalla la gloria que necesitaba para mezclarse con ventaja en las luchas del Foro. Estando Roma amenazada á la vez al mediodía por Yugurta y al norte por los Cimbrios y Teutones, derrotó sucesivamente todos estos bárbaros. Trajo á Yugurta cautivo á Roma, y exterminó los Teutones y Cimbrios en la Gábia é Italia. Su gloria resaltó sobre todos los hombres nuevos, é hizo á los nobles menos desdenosos con respecto á ellos.

§ I. Guerra de Yugurta (118-104).

Principios de Mario. « Cuando el último de los Gracos cayó, herido mortalmente, arrojó el polvo hácia el cielo y de este polvo nació Mario. » Este nuevo defensor del pueblo, nacido en la aldea de Arpino de padres oscuros y pobres, tenía el mismo despego que Catón. Siempre desconoció las costumbres y usos de Roma, desdeñó el lujo y la molición, y despreció la ciencia y los sabios. Scipión el Africano adivinó

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR : Entre los antiguos : Salustio, *Bellum Jugurthinum*; Plutarco, *Vida de Mario*. Entre los modernos, además de las historias generales ya citadas, consúltense también : Desbrosses, *Historia de la República romana en el curso del siglo VII por Salustio*; Vissot, *Revoluciones eternas*.

su genio en el sitio de Numancia. Una tarde que daba de cenar á todos sus oficiales, habiéndole preguntado uno quién podría reemplazarle dignamente á la cabeza de los ejércitos, tocó con suavidad en la espalda de Mario diciendo : *Acaso será este*. Esta palabra de Scipión fue como una voz divina que despertó el genio militar de Mario. Pero este gran capitán fue siempre un político muy mediano.

El favor de Metelo le abrió la carrera de los honores elevándole al tribunado. Mas cuál no fue la admiración de los nobles cuando le vieron usar de su autoridad para reprimir sus manejos y facciones. Metelo y el cónsul Costa se opusieron con viveza á su ley, pero triunfó de su resistencia. El pueblo aplaudía la firmeza de su tribuno, cuando Mario le irritó, no menos que había irritado á la nobleza, impidiendo una distribución gratuita de trigo que querían hacer á los pobres. Desde entonces nadie le sostuvo. Cuando se presentó para la edilidad curul y para la edilidad plebeya, recibió dos afrentas en un mismo día. Poco tiempo después no faltó mucho para rehusarle la dignidad de pretor. Aun cuando fue nombrado el último, todavía le acusaron de haber comprado los votos. Después de haber escapado con gran trabajo á la condena, fué á librar la España ulterior de los robos que en ella se cometían. A su regreso tuvo bastante suerte para unirse á los nobles, casándose con Julia, abuela de César. Cecilio Metelo, que acababa de encargarse de la guerra de Africa contra Yugurta, le eligió para lugarteniente suyo, proporcionándole de este modo ocasiones para que desplegara sus talentos militares.

Causas de la guerra de Yugurta. Esta guerra de Numidia se suscitó después de la muerte del cobarde y tímido Micipsa, hijo y sucesor del valiente y fiel Masinisa. Este débil príncipe había dividido su reino entre Adherbal é Hiempsal, sus dos hijos, y su sobrino el ardiente Yugurta. Este último, que se había hecho conocer y amar de los Romanos en el sitio de Numancia al que Micipsa le envió con la esperanza de deshacerse de él, resolvió después de la muerte de su tío apoderarse de toda la Numidia. Por de pronto armó lazos al joven

Hiempsal y le hizo perecer. Despues atacó á Adherbal, le despojó de sus Estados, y le obligó á ir á Roma para implorar el socorro del senado. Los senadores, corrompidos por el oro de Yugurta, no se mostraron muy sensibles á sus desgracias. Sin embargo, para paliar sus prevaricaciones, enviaron comisarios á Africa con el objeto de dividir la herencia de Micipsa entre los dos monarcas. Los paises cuyo territorio era mas fértil y los habitantes mas belicosos fueron designados á Yugurta, pero no se contentó con esto. Así que se fueron los diputados, atacó abiertamente á Adherbal, le derrotó cerca de Cirta (*Constantina*), le sitió en esta ciudad y le hizo morir en los tormentos mas terribles, despreciando la capitulacion.

Este crimen atroz hubiera quedado impune si Memio, tribuno del pueblo, no hubiese descubierto todas las intrigas de Yugurta, y no hubiera hecho conocer de qué modo este príncipe habia cautivado á todos los nobles por medio de sus dádivas. No se pudo responder á sus alegaciones, y fue necesario confiar á uno de los cónsules la guerra de Numidia. Calpurnio Bestia fue encargado de ella; pero apenas desembarcó con sus legiones, el oro del Numida paralizó su actividad. Hizo pues con él un tratado ridiculo que le aseguraba, por medio de algunos pequeños sacrificios, la posesion pacífica de su reino. El pueblo, excitado por su tribuno, se enfureció al saber esta noticia, y pidió que el mismo Yugurta viniese á Roma para justificarse. El monarca se presentó allí confiando en su oro y presentes. Luego que se halló delante de sus jueces, Memio le echó en cara todas sus maldades y le invitó á que respondiese. Otro tribuno, Bœbio, se lo prohibió. El pueblo, burlado por sus indignos manejos, se retiró manifestando su furor con gritos y gestos amenazadores.

Algunos dias despues se hablaba de elevar al trono de Numidia á Masiva, nieto de Masinisa. Yugurta lo sabe y le hace dar de puñaladas. Aunque el crimen fuese manifiesto, todavía trató de justificarse. ¡ Vanos esfuerzos! el senado le dió orden para que saliese de Italia. Dícese que al alejarse de Roma marchó mucho tiempo en silencio, y que despues se volvió

hacia ella diciendo: *Ciudad venal, en breve perecerias si encontraras un comprador.*

Consulado y hazañas de Metelo (108). Al principio enviaron contra el bárbaro al cónsul Albino, quien se dejó siempre engañar por las hábiles maniobras y las lentitudes calculadas del Numida (110). Su hermano Aulo comprometió despues todo el ejército por su incapacidad y loca presuncion. Yugurta le atrajo una celada, le hizo pasar bajo el yugo con sus legiones, y que prometiese evacuar la Numidia en el término de diez dias (103). Estas noticias consternaron á Roma y la llenaron de dolor. Q. Metelo fue elegido para reparar todos estos desastres (208). Era un hombre de una actividad infatigable y de una virtud á toda prueba. Designó á Mario por teniente suyo, levantó nuevas tropas, se proveyó de dardos y armas de toda especie, y se apresuró á ir á Africa.

Encontró las tropas que le entregó Albino en el mayor desorden. Los soldados ya no conocian regla alguna, no daban guardias, se alejaban de su bandera á voluntad, y se entregaban á todos los placeres de la vida mas corrompida. Metelo reprimió todos estos abusos, y entró en el pais enemigo con la mayor circunspeccion. Encontró á los Numidas cerca de Vacca (en el reino de Tunez), y les dió una batalla. Yugurta, apostado en una colina, tenia la ventaja de la posicion, los Romanos la del valor. La victoria fue incierta mucho tiempo. En fin, despues de heróicos esfuerzos los Romanos dispersaron á los Numidas y les hicieron huir.

Yugurta reunió un nuevo ejército, y se retiró á sitios cubiertos y fortificados por la naturaleza. Dejando allí la infantería, tomó lo mejor de la caballería y se puso á perseguir é inquietar sin cesar á los Romanos. Batió á Mario delante de Sicea, y obligó al cónsul á levantar el sitio de Zama, y á tomar cuarteles de invierno en la provincia romana, fuera de la Numidia. Desesperanzado Metelo de vencer el bárbaro, indujo á Bomilear, su favorito, para que se le entregase muerto ó vivo. Los pérfidos consejos de este indigno ministro fueron la causa de que Yugurta negociase con el cónsul. Le entregó trescientos mil marcos de plata, todos los elefantes, una gran

cantidad de armas y caballos, casi todos los tráfugas, en una palabra, cuanto había pedido para obtener la paz. Habiendo exigido despues Metelo que el mismo Numida se pusiese á la discrecion del pueblo romano, el barbaro se acordó de la suerte de los Cartagineses, y volvió á principiar la guerra con furor.

Reunió su ejército, empleó amenazas y promesas para volver á ganar las ciudades que le habían abandonado, fortificó las que le quedaban, hizo fabricar ó comprar armas y máquinas nuevas, trabajó para introducir la discordia entre las guarniciones romanas y corromper sus esclavos, en fin agitó y removiò todo con sus intrigas. Los habitantes de Vacca, seducidos por sus palabras, mataron todos los Romanos que se encontraban en sus muros, y se entregaron á él. En represalias Metelo sorprendió esta ciudad y la destruyó enteramente. Todos los habitantes fueron muertos ó reducidos á la esclavitud.

Consulado de Mario (107). En medio de estas escenas de sangre fue cuando Mario vino á pedir á Metelo licencia para ir á Roma con el objeto de solicitar el consulado. El orgullo del cónsul se burló de las pretensiones del hombre nuevo, del ciudadano de Arpino. *Todavía será tiempo*, le dijo burlándose, *cuando mi hijo se presente como candidato*. Como todavía faltaban veinte años para que su hijo tuviese la edad, esta palabra pesó como un remordimiento en el alma de Mario. Desde aquel momento no cesó de desacreditar la conducta de Metelo, su bienhechor, atribuyendo los sucesos de los Numidas á sus lentitudes, diciendo en todas partes que si tuviese la mitad del ejército á su disposicion, seria en pocos dias dueño de Yugurta. Todos los soldados creian estas bravatas y escribian á Roma que Mario era el hombre que se necesitaba para terminar la guerra. Cansado Metelo de todas estas inyectivas, le concedió el permiso, pero solamente doce dias antes de la eleccion. Mario se apresuró á dar á la vela, é hizo la travesía en cuatro dias. El pueblo le recibió con entusiasmo, y le nombró por decirlo así por aclamacion.

Entonces no guardó consideraciones á nadie. En todas

partes exclamaba que su consulado era una victoria conseguida contra los nobles y los ricos; atacaba á Bestia y Albino con motivo de su derrota, y les preguntaba para qué les había servido la nobleza de sus antepasados; acusaba á Metelo de cobardía y de molicie, y se vanagloriaba de matar á Yugurta por su mano, ó de traerle á Roma encadenado. Para halagar al pueblo, recibió en sus ejércitos á todos los proletarios, diciendo que era preciso considerar menos el nacimiento que el valor en la eleccion de los soldados.

Sus hazañas en Africa. Cuando llegó á Africa, Metelo, indignado de la conducta del pueblo romano que le quitaba el honor de terminar esta guerra, no quiso verle; le hizo entregar el mando del ejército por su teniente Rutilio. Mario llevó al principio sus legiones á un canton fértil y les abandonó todo el botín. Así que hubo ganado su afecto por medio de sus dádivas, les hizo atacar plazas poco importantes y poco difíciles de tomar, para inflamar su valor con estos primeros triunfos. Yugurta se había unido con su suegro Bocco, y contaba con fuerzas duplicadas. Mario perseguía á ambos con igual ardor. Observaba todas sus marchas prevenia sus estratagemas y designios, y tenia continuamente á los suyos en alerta y á los enemigos en alarma. Despues de haberles vencido en diversos encuentros, tomó el partido de atacar sucesivamente todas las plazas fuertes. La poderosa ciudad de Capsa, situada en medio de las soledades mas áridas, cayó en su poder sin que le costase un solo hombre. Sus soldados le admiraban, y el enemigo estaba yerto de terror. Bocco, fatigado de tantos desastres, pensó desde entonces en ponerse en salvo perdiendo á Yugurta.

Llamó cerca de sí al cuestor de Mario, Sila, quien le había hecho algunas servicios durante la guerra. Entregándose Sila á la fe del Numida, se fué á su córte; pero cuando llegó á ella, el bárbaro cambió de sentir, y pareció arrepentirse de su mal designio. Estuvo perplejo muchos dias, no sabiendo si había de entregar su yerno ó retener á Sila. Se decidió, en fin, por la traicion, y entregó á Yugurta vivo en manos de Sila. En recompensa dieron á Bocco parte de la Numidia,

bajo el nombre de Nueva Mauritania; con otra porcion se formó un pequeño reino para Hiempsal, hijo de Gulusa; y el resto fue reunido á la provincia romana.

Triunfo de Mario (104). Habiendo traído Mario su ejército de Africa, entró en Roma en triunfo, é hizo ver á los Romanos, dice Plutarco, un espectáculo que apenas podian creer: á Yugurta cautivo. Dícese que durante la marcha del triunfo, el desgraciado monarca perdió el sentido, y que concluida la pompa fue conducido á una cárcel, donde los lictores impacientes por despojarle, desgarraron su vestido, y le arrancaron las dos puntas de las orejas para quitarle los anillos de oro que llevaba. Arrojado desnudo en un calabozo y perdido el juicio, dijo sonriéndose: *Hércules me valga, qué frias están vuestras estufas*. Murió miserablemente despues de haber luchado seis dias enteros contra el hambre.

§ II. Expediciones de Mario contra los Cimbrios y Teutones (113-101).

Invasion de los Cimbrios y de los Teutones. Apenas se sabia en Roma la prision de Yugurta cuando ya se concibieron temores por una invasion terrible de los Bárbaros. Los Cimbrios y los Teutones, arrojados de su pais por una inundacion del mar Báltico, se precipitaron hácia el Occidente para buscar tierras en él. El violento Boyorix mandaba los Cimbrios, los Teutones tenian por gefe al gigantesco Teutoboke que de un salto salvaba seis caballos puestos de frente. Estas hordas amenazadoras, que contaban mas de trescientos mil combatientes, se mostraron á los Romanos cerca de Noreya, bajo los Alpes tridentinos, con sus mujeres, hijos y ancianos padres montados en carros. El cónsul Papirio Carbo, á quien el senado envió contra ellos, les engañó con perjurios, y no por eso dejó de ser vencido (113).

Derrota de los ejércitos romanos (113-105). Dichosamente para Roma la horda victoriosa penetró en la Iliria, la arrasó totalmente, y no volvió á aparecer sino tres años despues en los

valles de los Alpes helvéticos. Muchas tribus de los Helvetas, los Ombríenos ó Ambrones, los Tigurinos (*Zurich*) y los Tugíenos (*Zug*) se unieron á ellos, y todos los desastres de la invasion cayeron sobre la Galia central (110). Derrotaron sucesivamente á las legiones de Silano, de Casio y de Scauro que emprendieron detener sus devastadoras correrías (310-107). Despues de todas estas brillantes hazañas, dudaron si descenderian á Italia para exterminar allí todos los Romanos ó reducirles á la esclavitud. *Os lo aconsejo*, dijo Scauro, que asistia cargado de cadenas á este debate, *no paseis los Alpes, no pongais el pié en Italia, porque mi patria es invencible*. Boyorix, indignado de tanta audacia, atravesó al Romano con su espada, pero sus palabras despertaron en el alma de los bárbaros sus antiguos terrores, y les impidieron pasar los Alpes.

El cónsul Cepion, enviado por el senado contra ellos con un nuevo ejército, nada importante hizo al principio. Se contentó con castigar á los Tectosagos de Tolosa que quisieron hacer alianza con los bárbaros. Su ciudad fue enteramente saqueada, y los tesoros sagrados que encerraba fueron robados; pero los que tocaron á estas riquezas fueron por ello castigados tan horrorosamente que para designar un hombre perseguido por una furia implacable, se decia: *Tiene oro de Tolosa* (106). El siguiente año habiéndole sido enviado el cónsul Mario como colega por el senado, se suscitó entre los dos generales una especie de rivalidad que fue fatal para todo el ejército. Los bárbaros se aprovecharon de estas disensiones, y les mataron ochenta mil soldados y cuarenta mil esclavos ó criados del ejército (105).

Mario es enviado contra los bárbaros (104). La noticia de esta derrota esparció en Roma una consternacion no menos profunda que el desastre de la famosa jornada de Alia. El pueblo, alarmado, creyó poder anular las leyes y nombrar cónsul á Mario que todavía estaba en Africa. Conservó este empleo por espacio de tres años; y el ciudadano de Arpino, no menos grosero y terrible que los bárbaros que iba á combatir, tuvo la dicha de ver á los enemigos abandonar la Galia para invadir la España, adonde fueron á destruirlo y

saquearlo todo. Este atraso le dió tiempo para acostumar los soldados al trabajo, para sujetarles á una disciplina austera y enseñarles á despreciar las fatigas. Mientras esperaba á los bárbaros, les hizo excavar un canal, la *fossa Mariana*, para desembarazar los embocaduras del Ródano.

En fin, aparecieron los Teutones y los Ambrones. Al salir de España, la horda se dividió en dos ejércitos: los Cimbrios se dirigieron á Italia por los Alpes tridentinos al través de la Helvecia y de la Norica, mientras que los Teutones y los Ambrones habian de derrotar las legiones de Mario y unirse á los demas bárbaros en las orillas del Pó, pasando por los Alpes marítimos.

Derrota de los Teutones. Cuando Mario vió la division ambroteutona descender el Ródano, retrogradó hácia el mar, y colocó su campo de suerte que cubria las dos vias romanas que conducian á Italia. Allí esperaba á los bárbaros á pié firme. Estas hordas horrosas, cuya voz y gritos nada tenian de humano, provocaron largo tiempo al cónsul para que se batiere. Mario se burló de sus desafíos, contuvo el ardor inconsiderado de los soldados, les acostumbró al tono duro, á la vista y á todos los movimientos de aquellos hombres del Norte. Los Teutones, fastidiados de esta inaccion, levantaron el campo, pasaron á lo largo del de los Romanos por espacio de seis días enteros, tan numerosos eran, y les preguntaban con burla si tenian que decir alguna cosa á sus mujeres, puesto que bien pronto las verian en Roma. Mario les siguió hasta Aix (*Aquæ Sextiæ*), y se detuvo allí para darles una batalla. Tomó posicion en un punto muy ventajoso y en el que no abundaba el agua. Habiéndole hecho observar los soldados que iban á sufrir cruelmente de la sed, les mostró con la mano un rio que bañaba el campo de los bárbaros: *Alli es*, les dijo, *donde es preciso ir á comprar agua con el precio de vuestra sangre.* — ¿Porqué pues, le respondieron, *no nos llevais al momento, mientras que todavia corre sangre por nuestras venas?* — *Antes es menester*, respondió Mario con dulzura, *fortificar nuestro campo.*

Los soldados obedecieron, mas no tardó en empeñarse el

combate. Los Ambrones fueron derrotados en un combate de las avanzadas. Los que escaparon de este primer degüello se retiraron al campo de los Teutones, en el que introdujeron la alarma y el desórden. « Durante toda la noche, dice Plutarco, dieron gritos horribles que parecian no quejas ó gemidos humanos, sino aullidos y bramidos de fieras, mezclados con amenazas y lamentos; los gritos de esta inmensa multitud resonaban en las montañas vecinas y en las concavidades del rio. Este ruido terrible se oia en toda la llanura; los Romanos estaban aterrados, y el mismo Mario, admirado, creia ser atacado de noche, y temia el desórden. Mas no salieron del campo aquella noche, ni al dia siguiente; empleando todo este tiempo en prepararse y disponerse para la batalla. »

Habiendo Mario colocado á Marcelo en una emboscada con tres mil hombres de infanteria, él mismo fué á buscarles á su campo, y les mató mas de cien mil hombres. Los montones de cadáveres que se pudrieron al sol y á la lluvia en esta vasta llanura le hicieron dar el nombre de *Campi Putridi*, hoy *Pourrières*. La tierra fue abonada con su sangre de tal modo que fue muy fértil por espacio de mucho tiempo. El cónsul victorioso hizo escoger entre las armas y los despojos lo que habia de mas rico y precioso, é hizo á los dioses un sacrificio magnífico. Vestido de púrpura y ceñido á la romana tenia una antorcha en la mano para pegar fuego á la hoguera, cuando vinieron á anunciarle que por la quinta vez habia sido nombrado cónsul.

Derrota de los Cimbrios. El pueblo le habia vuelto á elegir porque no estaba libre de todos sus temores. Mientras que Mario exterminaba á los Teutones, los Cimbrios habian destruido en Italia al ejército de Cátulo. Al saber esta noticia, Mario se fué á Roma, reanimó la confianza del pueblo, se apresuró á juntarse con las legiones romanas en la alta Italia, é hizo venir de las Galias su ejército victorioso. Los Cimbrios rehusaron largo tiempo empeñar el combate, bajo pretexto de que esperaban á sus hermanos los Teutones, y sus embajadores pidieron á Mario tierras para sí y para

aquellos bárbaros. *No os inquieteis por vuestros hermanos*, les dijo el cónsul chancéandose, *tienen la tierra que les hemos dado, y la conservarán para siempre*. Habiendo exclamado los bárbaros que los Romanos serian castigados por estas burlas, primero por los Cimbríos y despues por los Teutones, quando llegasen *Ya están ahí*, replicó Mario, *y seria poco delicado que os marcháseis sin haberles saludado*. Al momento les mostró los gefes de aquellós bárbaros cargados de cadenas.

Se dió la batalla en los llanos de Verceil. Mario tuvo la destreza de poner á los Cimbríos en una falsa posicion. El sol y el polvo les cegaban, y todos se dejaron exterminar, ó huyeron á sus trincheras. « Allí fue, dice Plutarco, donde se vió el espectáculo mas trágico y terrible. Las mujeres, vestidas de negro, y colocadas sobre los carros, mataban ellas mismas á los fugitivos, de los cuales unos eran sus maridos y otros sus hermanos ó padres; ellas ahogaban á sus hijos con sus propias manos, les arrojaban bajo las ruedas de los carros ó bajo los piés de los caballos y en seguida se mataban á sí mismas. Los hombres, á falta de árboles para ahorcarse, se ponian al cuello nudos corredizos que ataban á los cuernos ó á las piernas de los bueyes, y picándolos despues para hacerlos correr, perecian ahogados ó pisoteados por estos animales. A pesar del gran número de los que así se mataron, hicieron mas de sesenta mil prisioneros y degollaron ciento veinte mil (1). »

Triunfo de Mario. Mario, ensoberbecido con estas hazañas, no queria ya ser comparado mas que á los dioses. Los Romanos le concedieron unos honores reservados hasta entonces á la Divinidad. Le ofrecieron las primicias de su mesa é hicieron algunas libaciones en honor suyo. El pueblo le dió el título de tercer fundador de Roma, igualándole así á Camilo y á Romulo. Los mismos nobles humillaron su orgullo delante su genio, y exclamaron con un historiador de su partido: *No, Roma no tiene que arrepentirse de haber criado á Mario.*

(1) Plutarco, trad. de Ricard.

CAPITULO III.

Mario y Sila. Guerra social (1).

(100-79.)

Quando Roma quedó libre de los Cimbríos y de los Numidas, la gran lucha del pueblo contra los nobles se principió de nuevo con un encarnizamiento increíble. Pero despues de la muerte de los Gracos el debate se ha aumentado extraordinariamente. Ya no se trata solo de los diversos órdenes que componen la ciudad; la guerra estalla entre Roma y sus aliados. Segun lo comprendia Cayo Graco, la base de la constitucion se ha ensanchado, los Italianos piden el derecho de ciudadanía, y cuando vieron que se les rehusaba con terquedad, tomaron las armas. La guerra civil no está ya pues encerrada en los muros de la ciudad de Rómulo; tiene por teatro la Italia entera. Tal es la causa y el objeto de la guerra social. Cuando los aliados han obtenido lo que desean, la lucha se continúa entre los antiguos y nuevos ciudadanos. Mario y Sila son los gefes de estos dos partidos. El primero quiere ahogar en su sangre la aristocracia, y llena á Roma de los mas horribles asesinatos; el segundo quiere aniquilar al pueblo por los mismos medios y multiplica sus proscripciones. Por desgracia ambos consiguen su objeto. La aristocracia y la democracia han de sucumbir igualmente en medio de esta anarquía, y veremos que el despotismo se eleva sobre sus restos en menos de un siglo.

§ I. Guerra social. Destierro de Mario (100-87).

Falsa política de Mario. El vencedor de los Cimbríos y de los Teutones no tenia genio mas que para la guerra. En el Foro no volvia á encontrar aquella constancia é intrepidez que mostraba en los combates; una palabra de alabanza ó vituperio le ponía fuera de sí mismo. Sentíase inclinado por

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Entre los antiguos: Plutarco, *Vidas de Mario y de Sila*; Apiano, *De bello civili*; Floró y Velejo Patérculo; entre los modernos todas las historias generales indicadas anteriormente.